

## DIARIO DE UN VIEJO TERMINAL

*Mi vida interior se ve a veces proyectada en mil direcciones por el efecto de una bomba que no puedo controlar: mis pasiones. (ZbZ, Diario, 78)*

Me dirigía en autobús a los locales de mi antigua oficina. Había salido de casa con el propósito de firmar unos documentos que reclamaban los que fueron mis socios. Parece que la disolución definitiva de las sociedades limitadas mercantiles cuesta tanto o más que los divorcios matrimoniales. Por unos instantes pensé en Rosalina. Ya no está conmigo; definitivamente ella se ha ido de mi lado para siempre. El autobús no venía muy lleno. Miraba sin mirar los rostros ocasionales de los pasajeros que el azar lanzaba a mis ojos continuamente en cada estación del recorrido urbano. Iba de pie, con una mano sujetándome al pasamanos del techo y con la otra sosteniendo mi portafolios. Observé que dos chavales que hablaban muy alto entre ellos comían pipas y tiraban las peladuras al suelo. Me dije que sin duda alguna los tiempos habían cambiado mucho, pues cuando yo tenía su edad no se me hubiese pasado por la cabeza hacer algo semejante. Pero nadie les decía nada y ellos impunemente hacían explotar sus voces como si fueran petardos dentro del autobús y tapizaban el suelo de basura. Al cabo de unos minutos, me sumé inicialmente a la indiferencia del resto del pasaje. Luego relativicé la situación; finalmente, convine en que a lo mejor exageraba, pues la mala educación es característica de

todas las épocas, sin excepción. ¿Por qué la mía tenía que ser diferente de las demás?

La ciudad contemplada desde el paso lento o rápido de un autobús parece metamorfosearse por instantes al capricho de la retina; de planos medios del más clásico cine *dogma* se pasa a tomas estáticas; del cromatismo más intenso de decenas de colores y tonalidades se pasa sin transición a los fotogramas grises del cine en blanco y negro cuando entrecierro los ojos y siento la velocidad de las ruedas bajo mis pies. Por fuerza se fija uno en las entradas monumentales de ciertos edificios, en las enormes portaladas, en las farolas de la luz, en la intermitencia luminosa de antiguos reclamos publicitarios, en las bombonas de butano sobre algunos balcones. También se fija uno, sin querer recordar, en la cara del propietario del colmado situado al lado del apeadero, en los gestos del vendedor ambulante, la sonrisa del quiosquero, el desenfado de las quinceañeras enseñando el pubis y el ombligo, en fin, se demora uno en la variopinta y multicolor heterogeneidad de las gentes y en la arquitectura de Barcelona.

Cuánto ha cambiado esta ciudad, pensé, mientras vi cómo una señora embarazada, acompañada de otra mucho mayor que quizás fuera su madre, apoyadas la una en la otra, pedía con los ojos un asiento libre para descansar. Llevaban las grandes bolsas de la compra entre las manos. Los dos gamberrillos que había visto antes continuaban con su particular festín, ajenos a todo. Uno de ellos reparó en la mujer embarazada, y esbozó una sonrisa de burla, al tiempo que musitaba algo al oído de su compañero. Ambos rieron estruendosamente mientras estiraban las piernas, como desperezándose. No pude evitarlo. Me acerqué a ellos y les conminé a que cedieran su asiento a las dos mujeres. Después de intercambiar algunas interjecciones entre ellos, de enfatizar aquí y allá frases en un lenguaje rufianesco, finalmente accedieron, aunque de mala gana. Las mujeres me dieron las gracias.

El autobús continuaba su marcha, indiferente a todo como la mayoría del pasaje. Volví a mi sitio y fue entonces cuando reparé en



ella por primera vez. Iba de pie, sujetándose delicadamente con una mano a una de las barras de acero vertical que siempre flanquean la puerta de salida de los autobuses urbanos. No creo que la hubiese visto antes a lo largo de esa ruta, aunque no sé por qué una vocecita interior me insinuaba maliciosamente la duda de si la había visto antes o no, que no me engañara que, en efecto, ya nos habíamos visto en alguna otra parte. La idea me pareció en ese momento el pretexto más oportuno que necesitaba yo para abordarla. Cuántas relaciones no han empezado con una ligera confusión, me dije, al tiempo que reflexionaba sobre la probabilidad de que, si me dirigía a ella, también cabía la posibilidad de que me desdeñara y que ni siquiera contestase a mi saludo o a lo que se me ocurriera decirle cuando la abordara. No me gustan los planes de actuación trazados de antemano. Improviso sobre la marcha. Me gusta el subidón de la adrenalina rugiendo por mis venas.

La miré de nuevo, con admiración apenas reprimida. En rigor no era bella ni hermosa, pero yo la sentía como si ya la hubiese amado desde siempre. Más que los hermosos ojos negros, era su mirada: parecía acoger en su seno todo aquello que entraba en su campo de visión; sus ojos ofrecían la dulzura fresca de una almohada que se busca con la otra mejilla durante la noche para alcanzar el sueño más prometedor. Del resto de su cuerpo, mejor era no opinar. Las palabras nunca podrían recrear esa armonía sensual que se escapaba de su anatomía como la fragancia de un frasco de perfume. Justo cuando su dedo índice pulsaba el interruptor que indicaba la próxima parada, ella me miró. Sentí un estremecimiento cuando sus ojos se posaron en mí como una mariposa. Comoquiera que continuaba mirando el paisaje a través de la ventana del autobús, ella no notó mi conmoción interior, ese turbamiento que sube inopinadamente de los tobillos al corazón e inunda la cabeza con su repentino calor. Pocas veces como ahora siente uno la fuerza irracional, incuestionable, rotunda, del flechazo del amor a primera vista proveniente de un ser anónimo, como para desear decirle, grito en pecho, que con el correr de los años se

convierta a mi lado en madre y abrazo de todos mis despertares. El autobús se detuvo. Se abrieron las puertas automáticas con un ruido seco. Contuve la respiración como si tuviera miedo de perderla, a ella, una completa desconocida. Pero a veces ocurren estos pequeños dramas cotidianos sin que apenas les demos importancia: una cara bonita, unos ojos prometedores, una sonrisa, una voz, un perfume quizá, pasan a nuestro lado, despertando algo que permanecía dormido, y agitan nuestro interior con la fuerza telúrica de un terremoto. Luego, esa voz, esa cara, esa mirada, ese perfume, conviven con nosotros durante varios días, semanas, incluso meses, mientras nos preguntamos qué habría ocurrido si no hubiésemos dejado pasar la oportunidad y hubiéramos abordado a la persona que causó nuestro desasosiego. ¿Qué futuro paralelo hubiésemos vivido entonces?

Un amigo, Josemari, a quien referí algunas de estas anécdotas, me comentó con aire de experto en la materia, que si no se habla, nunca se sabe lo que pasa. «Hay que hablarles, decía él, que el destino o ellas mismas hagan el resto... en cualquier caso, que por nosotros no quede.» Había tanta convicción en sus palabras que no se me ocurrió objetar lo contrario. Remató mi optimismo con una frase proverbial: «Al bobo y al feo, todo se le fue en deseo», decía uno de nuestros clásicos del Siglo de Oro.

En el fondo, tenía razón. Los tímidos miran pasar el tren, nunca suben a él. Las oportunidades hay que aprovecharlas, hay que tentar el destino, provocar que algo pase, no importa que sea extraordinario, lo importante es que pase algo. Sin embargo, no soy tan descarado como mi amigo para abordar a una desconocida en plena calle, y mucho menos en un autobús donde todos fingen no verse, pero donde todo se escucha y se juzga. Me gusta improvisar, pero no fracasar. Un leve desaliento apagó mi incipiente fuego inicial. Como una nube recordé la anécdota de Giacometti al ser atropellado por un coche que le fracturó una pierna. Era, sin duda, un accidente trágico y, por trágico, extraordinario. El escultor, tirado sobre el adoquinado, sangrando y dolorido, exclamó. «Por fin me



pasa algo». Obviamente, mi sed de sucesos ordinarios o extraordinarios no llegaba a tanto. Me conformaba, como decía mi amigo Josemari, con hablar un poco, intercambiar impresiones; en definitiva, intentar seducir, o conseguirlo, lo cual es todavía más hermoso. Esa idea alimentó mi optimismo y de nuevo me sentí un hombre con coraje, capaz de volver a combatir en las cruzadas, si fuera preciso, con tal de conseguir el amor de esa princesa desconocida que, en ese momento, con salto ágil bajaba del autobús. Durante unos instantes eternos me quedé petrificado, gozando del hervor helado de la sangre por mis venas, animándome a seguir tras ella y en el acto desanimándome a no hacerlo; el hombre descarado que sin vergüenza quería lanzarse tras ella luchaba cuerpo a cuerpo con el prudente y el tímido, hombres ahogados en el sentido común que me ordenaban a un tiempo permanecer allí, viendo pacientemente cómo se marchaba de nuevo otro sueño que en breve formaría parte de mi particular rosario de anécdotas sin final feliz.

Las puertas hidráulicas se cerraban con un chirrido, pero unas décimas de segundo antes el hombre imprudente me empujó tras ella con tanta fuerza que a punto estuve de fracturar mi humanidad sobre la acera. Sonreí burlona, socarronamente a mi recuerdo de Giacometti: no, no me había roto nada, no me había pasado nada todavía, por tanto, mi optimismo continuaba intacto. Mi entusiasmo se abría delante de mis ojos como las puertas del autobús creando un abanico de posibilidades tan amplio como la luz del día que ahora me llegaba desde todas partes. Durante unos instantes estuve pensando, al tiempo que ponía en orden mi abrigo y me aferraba a mi maletín como si fuera un salvavidas, en el extraño y desconocido automatismo que me había hecho saltar del autobús, con riesgo de mi propia integridad física, para ir en pos de esa mujer desconocida. Sin duda, las palabras de mi amigo, que ahora recordaba con mucha excitación —«hay que hablarles, hay que abordarlas...»— me habían influido mucho más de lo que en su momento hubiera podido imaginar. Mi precipitación también tenía algo que ver con la anéc-

dota de Giacometti: yo quería que me pasara algo, no, por supuesto, que un coche me rompiera las piernas, sino algo hermoso, digno de contar, algo que con el tiempo formara parte esencial de los huesos de lo que soy. Años antes de desaparecer definitivamente de mi vida, Rosalina, mi mujer, se lió la manta a la cabeza con un hombre mucho más joven y durante dos largos años no supe nada de ella. Ahora que lo pienso: y si por aquella época hubiese tenido noticias tuyas... ¿Para qué preocuparme ahora por amores difuntos? Tenía ante mí una nueva oportunidad de encontrar el amor. Además ¿qué podía perder? El orgullo herido es el órgano que más rápido se cura, pensé mientras localizaba a la desconocida. Caminaba con prisas, como si fuera a llegar tarde a una cita, unos pocos pasos delante de mí. Había muchos transeúntes por la acera. Pude fijarme en lo circunscripto de algunas caras, en la ansiedad que se escondía en algunos de esos rostros pasajeros que la calle me obsequiaba. Con algún esfuerzo reconocí la calle donde nos habíamos apeado, una vía adyacente a Aribau, por debajo de Diagonal. Pero eso no importaba. ¿Qué importa el lugar si somos felices? Un súbito entusiasmo me ganó de nuevo a medida que, con paso más ágil que ella, me ponía a su altura. Mi corazón parecía desbocado, mi respiración entrecortada. Casi no podía hablar.

—Disculpe, dije resoplando como un galgo, mientras buscaba sus ojos aún sabiendo que, cuando los encontrara, como una hidra benévola, me petrificarían con solo mirarme. Una parte de mi alma sentía que no podía dejar de saber quién era esa mujer, mientras la otra quería desaparecer, esfumarse. Tenía, por otro lado, firmes convicciones sobre muchas cosas triviales: se puede dejar escapar un autobús, un vuelo transoceánico, una oferta de trabajo que te solucione la vida; pero muy dentro de mí sentía que no podía dejar escapar la ocasión de crear un eslabón entre esa mujer y yo; no podía resistirme a ese instante gozoso en que sus ojos me materializasen, me dieran el permiso de existir. Todavía falto de aire en los pulmones por el esfuerzo de haberme acercado, casi corriendo has-



ta ella, convine en que debía actuar con rapidez, con naturalidad, no fuera ella a pensar que yo era un loco de atar que la acosaba en plena calle.

De pronto sentí sus ojos fijos en mí. Así, de cerca, pude recrearme en sus rasgos y observar sus largas pestañas, un lunar sobre el labio superior y un cabello tan brillante que parecía húmedo. Apenas había maquillaje en su rostro, los labios sin carmín, las pestañas sin rimel. No había dicho nada todavía ¿para qué, teniendo esos ojos que hablaban a gritos con una retórica contundente? Su mirada medía, sopesaba, confundía, adivinaba mis pensamientos. Me sentí completamente desarmado, sin palabras, y aunque éstas hubiesen venido en mi auxilio, estoy seguro que de poco hubiesen servido, tal era mi azoramiento. El ingenio poco socorre a los mudos, me dije. Pero, de repente, me repuse con tanta rapidez como me había hundido. Sin embargo, un leve temblor en mi voz revelaba que no me había repuesto por completo. Mi contenida emoción salió de repente como un grifo abierto al igual que las pocas palabras que conseguí articular, de lo más pedestres. Un enorme autobús se había estacionado momentáneamente a nuestra altura, paralelo a nosotros. El espacio de la calle pareció achicarse; la luz, también.

—Creo que te conozco, le espeté al tiempo que me sorprendía lo poco original que estaba siendo, y me maldecía interiormente por ello.

—¿Ah, síí...? —Contestó ella alargando con sorna la «i» (la vocal más incisiva) y reponiéndose por instantes de la sorpresa inicial que mi abordaje le había causado. Se detuvo unos instantes. Su mirada me radiografió de inmediato y el resultado del diagnóstico pareció tranquilizarla. Tenía para ella todos los síntomas del ligón ocasional, pero inofensivo, pesado, lo que siempre resulta al fin y al cabo una contrariedad, pero fácil de solventar.

—Pues, sí, atiné a balbucir. Sí que te conozco, ahora mismo no recuerdo dónde, pero puedes estar segura de que nos conocemos.. Había hablado como una metralleta. Sentí cómo me ganaba

la confianza, como una súbita ebriedad, pese a que advertí que sus ojos habían borrado de un golpe la sonrisa incipiente que me había parecido una promesa segundos atrás. De pronto, sus ojos se tornaron más oscuros, fríos, displicentes, por la contrariedad. «¡Cuántos registros emocionales caben en esos ojos en tan corto espacio de tiempo!», pensé alborozado mientras permanecía erguido, en medio de la acera, como un emblemático monolito transportado hasta allí por haber conquistado el mundo, para conquistarlo de nuevo. El autobús que empequeñecía la calle reemprendió su marcha, y de pronto sentí a mis espaldas como si alguien hubiese corrido una enorme cortina para que entrara la luz en una habitación cerrada. El espacio de la calle volvió a derramarse en toda su vasta horizontalidad.

—En la fiesta de Josemari, el año pasado... —le dije. Más que afirmar lo que se supone que sabía sin ninguna vacilación, el tono de mi voz más bien parecía interrogarla, escrutando en cada uno de los gestos de la cara de ella el camino por donde debía continuar con mi impostura. Silencio. Ni un parpadeo, ni una pista. Me dije: mi amigo Josemari existía, por supuesto la fiesta se había celebrado el año anterior en su casa. Familiares y amigos habían asistido y se habían divertido sin interrupciones hasta el amanecer ¿Por qué no pudo haber estado ella allí? Ahora que recuerdo, ya no estoy seguro de si la había visto allí por primera vez y no en el autobús. Los recuerdos, cuando son hermosos, también se enredan. Pero ella continuaba muda ¿o me había dicho algo mientras yo solo pensaba en recordar a Josemari y los detalles, ahora irrelevantes, de la fiesta? La calle repleta de coches y personas me pareció más vacía que nunca. El vacío de las ideas lo recluye a uno en un limbo sin sonidos, sin palabras, ininteligible para uno mismo. Literalmente me quedé en blanco. No la veía. No sé cuantos segundos duró mi azoramiento.

—Repito que no le conozco —dijo ella como quien ya ha visto el final de una película de suspense y se dispone a abandonar la sala de cine antes de que se enciendan las luces. Entonces fue cuando me miró compasivamente, con apenas reprimida indiferencia, como



miraría una niña a un exhibicionista que intenta de nuevo sorprenderla cuando ésta ya ha crecido y se ha hecho mujer.

—Si me deja pasar..., agregó. Comprobé que, en efecto, en mi premura por abordarla le había cerrado el paso con mi cuerpo. Claro que ella hubiese podido darse media vuelta, girar sobre sí misma, driblarme, apartarme con un simple gesto, pero no hizo nada de eso. Al pedirme directamente que me apartara de su camino conseguía dos cosas con un solo gesto: que yo desistiera en mi intento (cosa que ya había conseguido mucho antes de pedírmelo) y que la dejara en paz para siempre (cosa que también ya me había propuesto mucho antes de dar el primer paso atrás para dejarle expedito el camino).

—Perdona, no ha sido mi intención... —«molestarte» iba a decir mientras me apartaba, pero no pude. Me hice a un lado. Ella me miraba desafiante, pero no agresiva. Me sentí vencido antes de haber iniciado la batalla, una súbita opresión estrujaba mi pecho; un nudo en la garganta se había comido mis palabras. Tuve una amarga sensación de orfandad, como si de repente, sin motivo alguno, me abandonara para siempre la mujer que había amado durante toda una vida. Uno, dos, tres pasos. Con cada paso de ella cuando se alejaba yo me hundía más y más en la desesperación por el peso de sus botines. No podía soportarlo ¿Qué haría mañana? ¿contarle a Josemari otra anécdota de sueño frustrado, de deseo irrealizado? ¿qué? ¿contarle otra historia que no tuve el coraje de acabar para bien o para mal? No podía soportar una idea cuyo único fin era atormentarme.

—Discúlpame otra vez —insistí en medio de mi pantano interior. En dos zancadas me había puesto nuevamente a su altura. Ella soltó un respingo que interpreté como signo de curiosidad. Mi voz había sonado a súplica auténtica. Me daba lo mismo. Allí estaba otra vez, delante de mí, con sus ojos ardientes, preguntándose como era que yo no entendía que dos y dos son cuatro. Su mirada, invitándome a explicarme, paradójicamente, me quitaba las palabras de la boca. Sé que a duras penas logré balbucir algo que inicialmen-

te pareció un murmullo, aunque claro está, yo no sabía exactamente cuál era el contenido exacto de mis palabras. A veces el atolondramiento del amor le hace a uno hablar primero y pensar después.

—Perdona, le dije armándome de la temeridad de los adolescentes, es que eres tan guapa que me ha parecido una auténtica crueldad para conmigo mismo no preguntarte cómo te llamas, ni intentar saber quién eres. Sé que a lo mejor desaparecerás inmediatamente de mi vista y que lo más seguro es que creas que soy un atrevido en toda regla, pero no puedo dejar que te esfumes de mi vida así como así, sin más, simplemente porque el azar que te trajo te vuelva a llevar. Dime al menos cómo te llamas, ¡joder!, es que eres tan rematadamente hermosa... ya está. Ya lo he dicho.

Ella, que ya había reiniciado su marcha, se detuvo un instante, me miró curiosa, como se mira un crucigrama mientras se viaja en autobús, frunciendo las cejas al tiempo que se garrapatea algo en las columnas horizontales y verticales del pasatiempo. Por otro lado, también sentí durante unos segundos infinitos cómo entre ella y yo se había interpuesto de repente toda la incompreensión del mundo, todas sus sinrazones, todas las preguntas que no tienen respuesta. Me volví a sentir huérfano, desesperanzado, sin señuelos que perseguir. Intenté esbozar una sonrisa que, a estas alturas, ya no estoy seguro de si quedó en la simple y aparatosa mueca del propio desconcierto, esa mueca inconfundible de los cómics sobre los cuales se pinta un enorme signo de interrogación mayor que la propia cabeza. Igualmente, me devoró el ridículo al verme allí, clavado en medio de la acera, suplicando como un trovador de tres al cuarto los favores de una Isolda inasible a mis sueños. Me sentí estúpido, con mi abrigo desabrochado, con las pesadas gafas aumentando las dioptrías de mi pasión, con el corazón sofocado por el esfuerzo de llegar hasta ella, con el lastre del maletín tirando de mí hasta casi hacerme hincar de rodillas ante ella y, finalmente, me sentí estúpido por la insana expectativa de un resultado que debí juzgar contrario a mis propósitos iniciales de potro en celo. La súbi-



ta vergüenza me hizo sudar; la sangre me hervía literalmente bajo la epidermis empapando de frío la camisa. Noté un ligero temblor en las piernas. Busqué con los ojos donde apoyarme, pero al no encontrar el beneficio de una pared o de un poste del semáforo, me tuve que apoyar en ella, ligeramente. Y, cosa curiosa, cuando mi piel tocó su piel, cuando mi cuerpo se apoyó en el suyo, ella me sonrió con esos ojos grandísimos, que eran toda una invitación. Entonces me cogió del brazo, con el otro rodeó mi cintura, como abrazándome, como sosteniéndome, como apoyándose ella también. Me volví a sentir vivo por dentro, remozado.

—No se preocupe *abuelo* —me dijo—. Claro que nos hemos visto antes, creo que el año pasado en casa de Josemari y Angélica, en la fiesta de Ana, su hija. Sepa usted que ella lo idolatra. Lo recuerdo muy bien porque fue el año en que estrené mi vestido de gala como modelo profesional. Todos rieron, fue superdivertido. Disculpe que antes no lo reconociera y lo haya confundido con un pervertido, Sr. Viñas; hoy en día, ya se sabe, no se puede una fiar de las apariencias...

Ella, ajena por completo a mi dolor, continuó explicándome las virtudes de Ana, lo simpático que era Josemari, y también refirió muchas otras cosas que no recuerdo, porque ya no la escuchaba. Solo tenía oídos para mi propio dolor. Cada una de sus palabras había desbaratado mi corazón como si fuera de trapo, de trapo viejo.

Parece que fue ayer. Ya tengo ochenta y cinco años y por tanto, en este sentido, como en muchos otros, ya he tirado la toalla, pero hace tan solo unos años creía que me comía el mundo y a todas las lindas muchachitas con él. Como decía Svevo, el ofrecimiento del amor es un bellissimo obsequio y gusta incluso cuando no se sabe qué hacer con él. Muchos viejos, como ahora yo, no sabrían qué hacer con un ofrecimiento así, pero soñar despierto es otro de los grandes atributos inherentes a la vejez, y muy higiénico por cierto.

Rosalina regresó de Londres a los pocos meses. La perdoné y todo siguió como antes, sin más. Perdón sin más, no. Rectifico: nuestras vidas continuaron con mucho *más* dolor que antes, sobre todo, para Ana, nuestra hija, que, desde ese silencio circunspecto propio de la adolescencia, nunca llegó a perdonar del todo a su madre; eso creo. Por lo demás, no volví a coincidir con la chica del autobús hasta mucho tiempo después. Pero en esa otra época de soltería impuesta por el abandono definitivo de Rosalina temí, por razones obvias, saber de la chica a través de mi propia hija.

Aquel día de nuestro primer y azaroso encuentro, recuerdo que, apoyado en el hombro de ella, me ayudé lo que pude para sentarme en uno de los bancos recién estrenados del chaflán; creo que pensé que, al menos por una vez, el Ayuntamiento de Barcelona había tenido una magnífica idea al instalar esos cómodos taburetes que significaban poco menos que un oasis para los peatones como yo.

Ella también se sentó a mi lado. No pude evitar mostrarme agradecido por el detalle: me comporté como un perro que mueve la cola a quien se ha liberado de sus cadenas y ha sacado a pasear después de años de devastador cautiverio. Todavía sentía en mi brazo el calor de su brazo, un estigma grabado al rojo vivo. A veces recuerdo ese cosquilleo en el brazo, mucho más que los rasgos de su cara que a veces he procurado olvidar contra mi voluntad de recordarla siempre. Será sin duda porque es más poderosa la memoria de la piel. Sin duda, concluí, el presente del amor es un regalo demasiado embarazoso y, aunque halague la vanidad de quien lo recibe, no siempre se sabe qué hacer con él.

—¿Se siente mejor? —Preguntó ella con su mejor sonrisa maternal, una sonrisa que la transformaba por completo convirtiéndola de pronto en otra persona con algún lejano parecido con la primera, pero nada más. Su sinceridad descarnada me dolía. La hermosa luz de ese crepúsculo parecía haberse ensombrecido de pronto. Solo flotaban en la penumbra, que yo cernía sobre nosotros, sus



ojos comprensivos y su sonrisa acogedora. Quería hablar con ella, como decía mi amigo Josemari, dejar que el destino hiciera el resto, pero una sequedad indescriptible taponaba mis palabras. También me faltaba el aire de ella para respirar, necesitaba tiempo para pensar y recapitular el último minuto que se me escapaba con ella.

—Bueno —dijo mientras improvisaba una palmadita en mi espalda—, ya le veo mejor. No está usted para corretear detrás de la gente. Debo dejarlo, pues llego tarde a mi cita. Ese gesto de ella me dolió más que sus palabras: equivalía a un mazazo propinado en el centro de mi sensibilidad. Uno, dos, tres, cuatro pasos. Ella se alejaba, quizás para siempre. Durante unos segundos se giró sobre sí misma, mientras continuaba avanzando, y levantó el brazo para despedirse de nuevo. Se requería un cambio de actitud por mi parte. Sin saber cómo, saqué fuerzas de donde no las tenía, es decir, de mi endémica tozudez, y grité, preguntándole su nombre, con una voz que parecía un estertor.

—¿Cómo te llamas?, dime al menos cómo te llamas.

—Adriana, respondió ella perdiéndose en la multitud; Adriana, dijo ella con una sonrisa enigmática que todavía ofusca mis noches y mis días. Soy viejo, lo sé, pero mi corazón no está envejecido. A qué duendecillo se le habrá ocurrido la idea perversa según la cual un corazón viejo también enferma de amor, pero nunca el amor lo mata. Para alguien como yo un corazón enfermo de amor, ahora lo sé, es como un cascarón vacío que se cree todavía lleno del fruto dulce y maduro que una vez tuvo para dar a manos llenas, pero que ahora muy pocos quieren.

Por aquellos años en que Rosalina ya no estaba con nosotros tuve la convicción de que la soledad es una sanguijuela que todavía me desangraba mientras pensaba en la Rosalina que no volvería ya más o en la Adriana que jamás podría conquistar. Me dije: no siento en mis carnes tumefactas, huérfanas de caricias, los picotazos de los zancudos de mis pesadillas; la compañía de *otros*, a los que me

entrego con desenfreno, me oprime y asfixia. Sueño su presencia con la distracción propia de quien, pegado a la ventanilla del autobús, ve desdibujarse el paisaje tras el cristal. Ingenuamente creo que puedo definir el amor que siento por ella, me concentro con atención dolorosa en las palabras que debo escoger para expresar el hormigueo incesante de mis sienes, el bailoteo desbocado de mi corazón, los fluidos y signos fisiológicos externos que definen el estado amoroso, pero toda mi atención y mi anhelo de hombre enamorado no consigue definir lo que siento en su ausencia. Me refugio en los libros huyendo de mí; me entrego al aguado alcohol de charlas intrascendentes, sin otra finalidad que la de aislarme en medio de quienes dicen conocerme. Ya he dejado de descolgar el teléfono para llamarla, pues mi orgullo o el miedo a la derrota me paralizan. Estoy llegando al final de mi proceso de estupidización, me digo en voz alta que soy un estúpido por creer que siento lo que siento: no por ello soy más feliz.

Los médicos han descubierto que el origen de mi continuo dolor de cabeza es un tumor. De eso hace ya cinco años, pero lo recuerdo como si fuera hoy. Un día cualquiera ingresé en un hospital y me puse a las órdenes del equipo de médicos que tratarían mi tumor con la misma curiosidad que si hubieran descubierto oro y diamantes dentro de mi cabeza. Resulta extraño que a mi edad todavía pueda ser de alguna utilidad para la investigación médica, aunque en este punto debo ser sincero: abomino de la idea según la cual pueda ser utilizado como conejillo de indias. Simplemente soy un viejo octogenario que ha convivido toda su vida con un tumor intracraneal sin el más mínimo síntoma, hasta que un buen día éste ha decidido salir a la luz a incordiar me con un dolor hasta ahora inédito en mi red neuronal. A veces me pregunto el motivo por el que el tumor ha decidido darse a conocer ahora que estoy en el límite mismo de mi proceso vital, y no acabo de comprender este extremo en el que un tumor hambriento de células sanas se alimenta precisamente de aquellas que están a punto de morir. Porque eso



es lo que soy, un cadáver que por alguna extraña razón biológica todavía respira.

Ante la supuesta inminencia, pues, de un desenlace tan fatídico como anunciado, decidí escribir este diario donde puntualmente registraría mis preocupaciones, mi sueños y anhelos, mis miedos y alegrías tanto presentes como pasadas. Lo he escrito rápido y mal; luchando a brazo partido contra mi endémica falta de voluntad, aprovechando las minúsculas gotas de inspiración, esto es, buena disposición para la escritura, que han caído sobre mis horas de apatía, fertilizándolas; unas veces me he ayudado de la memoria que todavía conservo, otra he echado mano de mis libretas magenta, un auténtico cuaderno de bitácora que he redactado desordenadamente desde los quince años. En cualquier caso, he escrito estas notas urgido por la premura de la muerte, único acicate que ha hecho posible que me entregue con pasión renovada a mi pretérita, y ya casi extinguida, pasión por la escritura que, curiosamente, he ido posponiendo hasta los límites mismos del umbral de mi vida.

\* \* \*

(1) No acostumbro nunca a hablar demasiado de mí mismo en público. La confidencia me parece un atributo propio de las almas débiles y por eso la detesto. Por lo demás, ¿a quién puede importarle una biografía como la mía? Hace años que no formo parte de la vida, sino de sus márgenes. Soy un viejo, y punto. Con esa definición debería bastar. Sin embargo, escribo estas líneas para mí, para sentirme menos solo y desesperanzado. La escritura me redime y me libera; es el único, quizás el último, de mis refugios. En este mundo creado *por* mí y *para* mí, todo es posible, incluso el Paraíso en el que no creo, y el Infierno, en el que todavía creo menos. Dentro de unas cuantas semanas viviré mi partida como un adiós definitivo, precedido por esta lenta agonía que comenzó hace pocas

horas. La enfermedad, como un invisible enemigo, a hurtadillas, ha entrado en mi vida para llevársela. Los médicos no han puesto fecha precisa hasta el momento (¡qué más quisieran ellos que tanto se complacen en jugar a los oráculos!), pero lo adivino en sus ojos, en esa piedad que no soporto, en esas sonrisas amables tan próximas a la conmiseración. Su silencio me duele y me pone más enfermo si cabe todavía. Sé que soy impaciente, no poseo la tranquilidad suficiente para esperar con serenidad a que la muerte venga a mi encuentro sin más. Me digo: si con paciencia se gana el cielo, mi destino, sin duda, es el infierno. Pese a que había pasado una noche sin pegar ojo, dando vueltas en la cama como si estuviera en un potro de tortura, el equipo médico entró en mi habitación, hace pocos minutos, despertándome bruscamente del sueño tan deseado, sin ninguna contemplación. Ellos tienen su horario para hacer sus rondas de visitas y elaborar sus partes médicos y, si un paciente duerme, les tiene sin cuidado. Te despiertan y ya está. Cuánta razón asiste a Kertész cuando afirma que verdugos y enfermeros tienen la costumbre común de hablar en tono rudo con los condenados a muerte. Yo añadiría un poco más: antes de ser médicos, o de hablar como asépticos ejecutores, deberían aprobar un elemental examen de empatía humana, ese ponerse en la piel ajena que tanto escasea hoy en día. Para muchos, el dolor del otro, su sufrimiento, su angustia, su padecimiento, siempre son exagerados; el propio, no.

Observo que el blanco estuco de las paredes del interior de la habitación, de tan immaculado, resulta repulsivamente aséptico. Miro por la ventana entreabierta para distraer mis pensamientos. Allá afuera se puede ver desde aquí cómo la diligente mano de un jardinero bien pagado ha esculpido y podado los abetos y cortado el césped; una piscina de agua azul, que parece la fotografía que promocionara un balneario, me trae recuerdos del mar, de la suave brisa salada, del olor a alquitrán del puerto donde pasé mi niñez, del caudal impetuoso del Atrato. ¿Por qué será que cuando se está enfermo se recurre siempre a la patria común de la infancia?



Por lo demás, hoy no he recibido ninguna visita. No tengo poder, ni dinero, ni grandes esperanzas ¿a quién podría importarle este lento pero inexorable declive de mis días?

(2) No estoy del todo satisfecho con el examen clínico que me hice esta mañana delante del espejo cuando me cepillaba los dientes. Saqué la lengua, para cepillármela también, y la observé levemente irritada, hacia el final del paladar, donde desde hace unos días siento un ligero escozor. Hago gárgaras, carraspeo y me siento aliviado. Al mondarme los dientes, en esa amplia y forzada sonrisa que a veces nos dedicamos a nosotros mismos para comprobar el estado de salud de nuestros caninos, las arrugas más invisibles de mi cara afloraron de pronto a la superficie recreando decenas de surcos y más surcos en mi frente, alrededor de mi boca y debajo de mis ojos, como si de repente ese gesto inocente descubriera a otra persona, más vieja que yo, debajo de mi propia piel. Sentí el estremecimiento del joven Dorian ante la pintura envejecida de Basil. Acabé rápidamente con mi aseo diario y me instalé delante de la mesa para desayunar, como si no hubiese roto un plato. Estaba realmente asustado.

La enfermera me ha ordenado que pasee un poco, aunque no me precisó que lo hiciera por los pasillos o por el jardín. El caso es que decidí alejarme de ese aire encerrado y pegajoso que tienen todos los hospitales y me animé a seguir el sendero estrecho que lleva al jardín, bordeé la piscina, me senté en un banco de piedra pintado de blanco. El día era luminoso; el aire frío. Desde allí se podía ver en perspectiva el diseño octogonal del edificio donde estaba ingresado. Se alzaba por encima de las demás construcciones y, por unos instantes, tuve la sensación de que la enfermedad que allí se albergaba echaba su retorcida sombra sobre la ciudad.

Mucha gente entraba y salía del edificio. Se observaba en sus rostros preocupación, contrariedad, prisas, nerviosismo. Algunos llevaban flores en la mano, otros compraban revistas en el kiosco

de la entrada, otros se desesperaban por encontrar un aparcamiento para sus coches. Pero, en medio de esa película que discurría ante mis ojos, se erguía como una llama amenazante la preocupación devastadora de mi destino: dentro de cuatro meses, a lo sumo seis, cruzaría la puerta y podría contemplar ese sendero de luz cegadora que cuentan los que han vuelto después de la experiencia de la muerte. Pero yo no volvería; entraría en el reino de las sombras para no regresar ya más. Los muertos no regresan a explicar a los vivos su experiencia. Mi problema consistía en cómo tenía que vivir *ahora*, qué tenía que hacer para vivir de la mejor manera posible ese *día a día* que me separaba del abismo.

De regreso a mi habitación vi el dolor y la aflicción que lo impregnaban todo como una epidemia contagiosa. Las caras circunspectas de los médicos eran toda una elegía que parecía anticipar un coro de plañideras. Después de dar partes médicos durante el día, llega un momento en que no se sabe qué cara debe ponerse para comunicar a los familiares las malas noticias. ¿Podrían generar los músculos faciales mil expresiones diferentes de compasión empática? Muchos parientes lloraban por los recién muertos o por noticias relacionadas con la inminencia de la muerte. Yo ya he pasado mi propio duelo. Espero la gran travesía con una aparente serenidad no exenta de temor y desesperanza. El adenoma continúa creciendo. Siento cómo tira de mis músculos, cómo se instala cómodo sobre mi hipófisis, cómo presiona sin misericordia mis arterias cerebrales.

Me siento delante del televisor, más para pensar que para ver las imágenes que ya no tienen ningún significado para mí. Se podría decir que es la televisión la que me observa. En lugar de enseñarme paisajes que me hagan viajar por ellos, por el mundo de allá afuera, las imágenes parpadeantes hacen que viaje hacia mi propio interior fragmentado. ¿De qué sirve a alguien ver una película de vaqueros cuando está a punto de morir? Cambio de canal, y me llega el intenso hedor catódico de la tele-basura: el circo de los famosos que ofrece la TV a las horas punta es patético. Toda celebridad es una



plebeyez; solo un alma plebeya y arrogante puede soportar que las paredes de su casa y de su cotidianidad más irrelevante sean de cristal transparente. Vuelvo a la película de vaqueros. Es curioso, me digo, que los responsables sanitarios no piensen en estas obviedades cuando se abonan a los canales de pago.

El cielo se ha escondido y por la ventana entra una claridad sucia de nubarrones literalmente pegados al cristal que parecen empañarlo con una fina capa de pintura gris evanescente. Sin embargo, continuo viendo radiante y clara la mágica perfección azul de ese rectángulo de cielo en la piscina.

Pierdo mis gafas con la misma facilidad que otros pierden el paraguas al cesar la lluvia. Cuando intento reanudar la lectura, ya no están donde las dejé (donde creo recordar que las dejé), lo cual es siempre un incordio para alguien aficionado a leer y escribir como yo. Pedí a Rosalina que me trajera todas mis libretas de apuntes y, sobre todo, otro par de gafas. Aunque sabe que las necesito para distraerme del tedio y de las preocupaciones, todavía no ha satisfecho mi petición. Espero que lo haga pronto. Mientras tanto, esperaré el día más propicio para colmar estos borrones y leer con toda la concentración que pueda, ya que, como es natural, a mis pensamientos y emociones también los invade el adenoma.

Me digo: envejecer debe ser parecido, en el mejor de los casos, a tener tres pares de gafas que, a menudo, olvidas dónde has dejado; envejecer debe ser también comenzar a examinarse el cuerpo con el mismo empeño y rutina que empleamos en limpiarnos los dientes después de cada comida. Envejecer, concluyo, es observar nuestro cuerpo con la fría objetividad de un forense.

**(3)** Rosalina llegó con una sonrisa de labios pintados. Sus dedos gordezuelos y preñados de sortijas acababan en unas uñas pulcramente esmaltadas de rojo. Esas manos reclamaban mi mirada como si tuvieran un poder hipnótico sobre mí: las aborrezco. Tampoco soporto la bisutería, el carmín, el cabello teñido, los per-

fumes penetrantes, la extravagante coquetería de las mujeres cuando se hacen viejas. Mi mujer lo era, pero jugaba a pasear a la joven hermosa que fue, sin todavía darse cuenta de que empezaba a hacer el ridículo. Suerte, pensé, que a cierta edad los afeites del cuerpo no son análogos a los del alma.

Ella no sabía nada de mi recién diagnosticada enfermedad ¿Para qué hacerla sufrir? Además, añadir preocupaciones a su cardiopatía congénita no era precisamente la mejor forma de ayudarla. La explicación que intenté facilitarle fue que había tenido una recaída por culpa de mi hígado; le expliqué que la última analítica había revelado un nivel de las transaminasas superior a lo normal y, por tanto, debería abstenerme de beber alcohol en cualesquiera de sus formas ¿Ni una copita de vino?, preguntó con sonrisa cómplice. Sabía que a partir de ahora podría disponer de mi bodega particular de vinos de reserva.

Ni una copa de vino, afirmé yo elevando un poco el tono de voz. Qué se le va a hacer, continué mientras observaba feliz que ella se conformaba con la explicación que le daba. Nunca nos habíamos mentido y ella no tenía por qué sospechar ahora lo contrario.

Se disculpó por no haber venido antes, pues tenía muchas ocupaciones relacionadas con su nueva profesión de jubilada. Faltaría más. Rosalina llevaba un negocio con mucho futuro: la compraventa de muebles viejos (eufemísticamente se dice *muebles antiguos, antigüedades...*) y muebles de segunda mano que tenía mucho éxito, pues, como justificaba ella, no todo el mundo puede permitirse el lujo de comprarse muebles nuevos. Además, comprar muebles viejos es el mejor modo de reciclar.

De su bolso extrajo un par de libros de reciente publicación, junto con unos zumos de melocotón y unos cuantos dulces. Dejó al pie de la mesita de noche una bolsa con mis libretas, que *pesaban tanto que le habían roto el brazo*; también sacó una revista del corazón que dejó al alcance de mi mano. La tradición relativa al compromiso del visitante para con el paciente estaba así satisfecha.

